

44

**NOTAS PARA LA INTERVENCIÓN DE S.E. EL PRESIDENTE DE
LA REPÚBLICA, DON RICARDO LAGOS ESCOBAR,
EN EL ACTO QUE INSTAURA LA CONDECORACIÓN
“SAN ALBERTO HURTADO, HÉROES DE LA PAZ”**

Salón del Ex Congreso Nacional

Santiago, 26 de septiembre de 2005

2997 15

Ciudad de Jesús
Univ. Alberto Hurtado

2

Amigas y amigos:

desde su
compromiso a
Cristo

En el mes de la patria, el padre Alberto Hurtado representa fielmente uno de aquéllos héroes que configuran el alma nacional. Un héroe de todos los chilenos, sin distinción de credos ni clases; un intelectual y hombre de acción; un líder entre la gente, empapado de sus dolores y sus sueños.

En la historia de las ideas, el Padre Hurtado ocupará un lugar en la conformación de nuestro siglo XX. Siendo un intelectual, se embarró los bototos, se volcó al mundo y desafió a nuestra sociedad para que reconociera el mayor de los dolores, la desigualdad.

Para ello, se requiere franqueza, honestidad, transparencia. Y valentía para decirnos las cosas, cara a cara, sin ampararse en la tradición, el silencio o el olvido. El Padre Hurtado tuvo el coraje de hacerlo y marcó a fuego nuestra cultura nacional imponiéndonos el deber de superar la pobreza y la exclusión, ahora y no mañana.

El héroe: ^{un} ^{víctima} ^{un} ^{mito}
Tenemos claro el rumbo de la vida.

Una voz crítica e incomprendida

Esta convicción profunda del alma chilena, no lo era hace 60 años. Hoy celebramos los frutos de una labor intelectual, moral y práctica, que en su época, fue blanco de duras críticas, incomprensión y censura.

Por ejemplo, la de la prensa que decía que con sus ideas, el padre Hurtado “pasa a unirse, aunque no sea su intención, con el comunismo”. Y que años mas tarde lo aludiría sin mencionarlo, como “el cura rojo”, por sus predicas en la iglesia de San Ignacio. (Diario Ilustrado).

Criticas que aún en los más duros momentos, el Padre Hurtado respondía con la grandeza propia de los mejores, con aquel famoso “Contento, Señor, Contento”.

Un adelantado

Y este signo de contradicción de nuestra sociedad hace 60 años, nos devela al padre Hurtado como un adelantado a su época. Aquél que fue capaz de ver más allá de sus contemporáneos e instalar ideas que hoy son parte de nuestra forma de comprender y actuar en la sociedad.

Cómo no reconocer lo que hoy llamamos bienes públicos, por ejemplo, en las palabras de Hurtado cuando señalaba: *“Nuestro país tiene una inmensa urgencia de que un mínimo, al menos, de bienestar sea extendido a gran número de ciudadanos que hoy carecen de una vida que se pueda llamar humana.”*

O cuando, reivindicaba el trabajo como un factor de integración, que *“debería sugerirnos a todos, no sólo un medio de ganar la vida, sino una colaboración social”*.

Porque Alberto Hurtado también fue un adelantado en avizorar, antes que nadie, que la grandeza de los países tiene que ver con la cohesión social.

Que sólo un país que ha desterrado de su seno la división de las injusticias, puede ocupar sus energías en afrontar los desafíos del mundo global y aprovechar el talento de cada uno de los suyos.

Así como el llamado a desterrar la pobreza echó fuertes raíces en nuestra sociedad, hoy, de la misma forma, nuestra comunidad nacional requiere la convicción que debemos mejorar la integración y cohesión social para afrontar el futuro. Donde erradiquemos la sensación de que, a pesar de nuestros éxitos, sólo unos pocos lo tienen todo y muchos casi nada. Una sociedad donde nadie falte, en que todos tengan un lugar, en que la patria sea de todos.

Desafíos

Hoy, cuándo los chilenos sentimos que cada día estamos un poco mejor que ayer, que las escenas más desgarradoras de injusticia social poco a poco quedan atrás, el mensaje de Alberto Hurtado nos mantiene alerta para nunca retroceder.

La pregunta que arroja el legado del Padre Hurtado, la nuestra y la de las futuras generaciones, es muy similar a la que él mismo formulara: ¿es Chile un país de todos?

Para ello, debemos concentrarnos en revisar críticamente nuestro desarrollo, estimular una reflexión constante sobre la calidad de nuestra vida social y política, más allá de las cifras absolutas y de los avances cuantitativos.

Leer cuestión social.

Porque la medida del desarrollo futuro será, cada vez con más fuerza, cómo hacemos para reducir drásticamente los niveles de exclusión que en todo orden de cosas soporta todavía nuestra sociedad.

Entre ellos, la exclusión cuya base es la pobreza, siempre. Y también aquellas basadas en las discriminaciones étnicas y de género. Las que impiden la participación y el ejercicio de los derechos de los trabajadores. Las que frenan la integración y la cohesión social.

Esas son algunas tareas del presente y del futuro.

Pobreza

Primero, los excluidos de siempre, los más pobres, respecto de los cuales nuestra sociedad ha hecho un esfuerzo gigantesco para restablecer la dignidad que declaramos solemnemente desde los albores de nuestra república, cuando dijimos: “Las personas nacen libres e iguales en dignidad y derechos”.

Todas las personas. Y entre ellos, los pobres entre los pobres, los que cargan, junto con su miseria material, una historia de soledad y olvido, las personas de la calle.

Discriminación

También debemos desterrar las cuotas de exclusión que representan el racismo y la discriminación. Las conductas abiertamente racistas, sin duda, pero también aquellas que practicamos velada pero eficazmente, en nuestras relaciones cotidianas.

Nuestros hermanos de pueblos originarios, hoy reafirman su identidad ancestral con orgullo, frente a siglos de humillación y discriminación. Ellos tienen un lugar en la patria, se hacen visibles después de lo que llamamos “la historia olvidada”, para transitar hacia un Nuevo Trato basado en el reconocimiento de sus derechos y el desarrollo con identidad.

Derechos de los trabajadores

Pero, si bien la pobreza ha sido arrinconada, la dignificación del trabajo y del trabajador es todavía una tarea pendiente.

No era fácil decir y defender ayer, aquello que *"Si el trabajador quiere tener participación, no tiene más que un camino: unirse a sus compañeros de trabajo"*. Sin embargo, incluso hoy tampoco es fácil de practicar en algunas empresas.

Por ello, debemos seguir trabajando para que los derechos laborales sean estimados un reflejo de un orden social basado en la justicia y la responsabilidad. La expresión natural de una carta de ciudadanía al interior de la empresa, del mismo modo que la tenemos en la sociedad.

Cohesión social

Si somos capaces de superar la pobreza, de entregar a nuestros hijos oportunidades de educación insospechadas hace 100 años, ¿cuál será el modelo de sociedad que construiremos en esas condiciones?

¿Tendremos una sociedad donde el mérito y el esfuerzo de los jóvenes sea premiado con oportunidades para el desenvolvimiento de su talento y creatividad en el trabajo?

¿O seguirán marcándonos las exclusiones, ya no la brutal de la pobreza, sino las más sutiles determinadas por el colegio donde estudias, el lugar dónde veraneas, el círculo de amigos que frecuentas?

Porque la brutal distribución de los ingresos en nuestra sociedad no sólo nos hace vivir, estudiar y relacionarnos en lugares distintos, sino también, a la larga, constituirnos cultural y societalmente como extraños en la misma patria.

Y esa no es la patria que soñó el Padre Alberto Hurtado ni la patria que queremos.

Así como hemos trabajado incansablemente por subir el piso desde el cual cada chileno y chilena pueda disfrutar la vida en nuestra hermosa patria, también podemos trabajar con una ética social de forma que el techo no esté tan alto.

Quisiéramos sentirnos orgullosos de medir la calidad de nuestra sociedad, no por la opulencia ni la ostentación, sino por la mayor cohesión social de nuestro país. Un país pujante, innovador y laborioso, pero modesto y sencillo en su forma de vida.

Nuestro sueño de país es que cada chileno y chilena, fruto de su trabajo dignificador y un sueldo decente, forje una familia que sea el centro de la organización de nuestro país.

Una patria en que cada familia tenga un techo, una casa digna. Dónde los hijos, sobre la base de una educación de calidad, sus talentos diversos y su esfuerzo personal, construyan un país mejor que el que encontraron. Que los fantasmas de la enfermedad y la vejez puedan ser enfrentadas entre todos, en aquello que excede las fuerzas individuales de cada familia.

Héroes de la paz

Hurtado es una figura de talla universal en la defensa de la justicia, la solidaridad y la paz. Un chileno que entendió los códigos y las urgencias de su época y su tierra; y nos demostró que podíamos transformar nuestro mundo.

La condecoración “Héroes de la paz”, es también un reflejo de esta faceta vanguardista, innovadora y adelantada del padre Hurtado.

En ella, podremos reconocer a los jóvenes que, empapados del Chile de hoy, puedan, subirse en los hombros de este gigante que fue Hurtado y desde allí, mirar, discernir y actuar, hacia el Chile que no vemos todavía.

Jóvenes que sean capaces como lo pedía Hurtado de *“luchar con todas sus fuerzas, valiéndose de todas las armas justas para hacer imperar la justicia”*.

Y que también al igual que el Padre Hurtado, sean capaces de resistir las críticas y la incomprensión por ello, animados por el bien de Chile, por la justicia social, por la distribución de la riqueza, por el bien de los pobres, por el futuro de la Patria.

Final

Alberto Hurtado es un héroe de la solidaridad. Un hombre que llevaba a los pobres y sufrientes inscritos en lo más hondo de su corazón, y que hizo del sentido social la razón más profunda de su vida.

Hoy proponemos a Chile y al mundo su ejemplo. Seamos fieles a su testimonio de amor por la humanidad y de amor por Chile, que es el amor por su gente. Porque como dijera Padre Hurtado, si *“Los Padres nos dieron una Patria libre, a nosotros nos toca hacerla grande, bella, humana, fraternal”*.

Ciertamente, para todos y cada uno de los habitantes de nuestra patria que, como está grabado en nuestra Constitución, somos ***“iguales, en dignidad y derechos”***.
Muchas gracias.

ANEXO I

Apreciar la necesidad de tomar en serio el rumbo. En un barco al Piloto que se descuida se le despide sin remisión, porque juega con algo demasiado sagrado. Y en la vida ¿cuidamos de nuestro rumbo?

Hay quienes tienen rumbo a Moscú, para otros su rumbo es Berlín; para otros rumbo al Banco, rumbo al prostíbulo; para los santos el rumbo es Cristo, y por Cristo al Padre Dios. ¿Cuál es tu rumbo? ¡Problema macizo! Cada año, más aún, cada día deberíamos verificarlo. Los Jesuitas tenemos obligación de señalarlo cada mañana, y de dos rectificaciones cada día...

ANEXO II

La cuestión social consiste en el hecho que la sociedad no logra realizar su propio fin, que es el bien común, de manera que una porción considerable de sus miembros no participan en forma proporcionada del trabajo común.

¿Es posible un orden social perfecto?

Los individualistas y los colectivistas afirman que sí. Los primeros dicen que el orden social se obtendrá mediante la libertad de los factores sociales; los segundos creen que la armonía social sea el fruto del planteamiento general con la ayuda de la ciencia y de la tecnología. El cristianismo, realista y conecedor de la verdadera naturaleza del hombre, afirma que el orden social que puede obtenerse es sólo aproximativo. Esto

significa que ningún orden social dejará de entrar en cuestión social. Las debilidades consecuentes al pecado original afectan la mente que no es capaz de plena lucidez y la voluntad que es débil en su tendencia al bien y, por tanto, en conocer y establecer los medios adecuados para una perfecta cooperación social. Desde la ruptura del estado de gracia en que Dios creó a nuestros primeros Padres, la tierra entregará sus frutos con trabajo y producirá espinas y abrojos.

Como la perfecta sociedad es imposible, cada sociedad tendrá su propia cuestión social, de acuerdo con sus líneas características de esa sociedad.